

Reina Torres de Araúz
Panamá indígena



Biblioteca de la **Nacionalidad**
AUTORIDAD DEL CANAL DE PANAMÁ



Panamá indígena



Bajo criterio editorial
se respeta la ortografía de los textos
que presentan arcaísmos
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,
algunos textos se presentan
sin ilustraciones y fotografías
que estaban presentes en el original.
•••••

Reina Torres de Araúz

Panamá indígena



Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999



Editor

Autoridad del Canal de Panamá

Coordinación técnica de la edición

Lorena Roquebert V.

Asesoría Editorial

Natalia Ruiz Pino

Juan Torres Mantilla

Diseño gráfico y diagramación

Pablo Menacho



572.97287

T693t Torres de Araúz, Reina

Panamá Indígena/Reina Torres de Araúz — Panamá:
Autoridad del Canal, 1999.

482 págs.; 24 cm.— (Colección Biblioteca de la Nacionalidad)

ISBN 9962-607-12-4

1. ETNOLOGÍA PANAMEÑA 2. INDIOS-POBLACIÓN

3. COSTUMBRES INDÍGENAS

I. Título.

La presente edición se publica con autorización de los propietarios de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso escrito del editor.

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA
DE LA NACIONALIDAD**

**Edición conmemorativa
de la transferencia del Canal a Panamá
1999**

BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD

A esa pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La **Biblioteca de la Nacionalidad** constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

Ernesto Pérez Balladares
Presidente de la
República de Panamá

Reina Torres de Araúz y su obra antropológica en Panamá

POR ALBERTO A. MCKAY



En 1956, la comunidad científica y educativa de Panamá fue sorprendida con la noticia de una investigación de campo sobre las indias de una región de difícil acceso, emprendida por una joven profesional de 24 años de edad, en avanzado estado de gravidez. Esa era Reina Cristina Torres, una antropóloga e historiadora egresada de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. La profesora Torres, inicialmente casada con argentino, había sido contratada por el Instituto Indigenista Interamericano para hacer un estudio en San Blas, hoy Kuna Yala, sobre el sector femenino de ese grupo indígena. Aceptado el reto y ejecutada su primera investigación de campo, la antropóloga ingresó a los altos círculos de la ciencia, al publicarse el resultado del trabajo con el título “La mujer cuna de Panamá” (México, 1957). Su carrera profesional, iniciada en el Instituto Nacional y en la Universidad de Panamá como profesora de Antropología registró, a partir de entonces, gran cantidad de éxitos y realizaciones de los campos educativos, científico, cultural, administrativo y político.

Reina Torres, casada en segundas nupcias con Amado Araúz, nació en la ciudad de Panamá el 30 de octubre de 1932 y falleció el 26 de febrero de 1982. Recibió formaciones primarias en la capital y secundaria en la Normal de Santiago y en el Instituto Nacional la que culminó con la obtención del diploma de Bachiller en 1949. Viajó en 1950 a la Argentina a seguir estudios de lenguas, pero impresionada por las clases magistrales del famoso etnólogo Imbelloni, optó por las Ciencias sociales, sin

descuidar el cultivo de su propio idioma, el que escribía con pulcritud y hablaba con elocuencia y sus estudios de latín, inglés y francés. En la Universidad de Buenos Aires obtuvo en 1955 el título de Licenciada en Antropología General y Etnografía, pero considerando la ausencia de campo profesional en esas ciencias en Panamá, logró también, en 1955, los diplomas de Profesora de Historia y de Técnico en Museos.

El campo profesional para los antropólogos fue abierto por Reina Torres de Araúz en Panamá a partir de su labor docente, aprovechando la existencia temporal de la Antropología en el currículum de los bachilleratos y en el de las estabilizadas licenciaturas en Geografía e Historia y Filosofía e Historia, iniciadas en 1939 en la Universidad de Panamá. También se basó en estudios etnológicos previos, desconocidos en el medio, realizados por etnólogos extranjeros, especialmente franceses y suecos, en la existencia de un modesto Museo Nacional y en algunas contribuciones a la antropología hechas por el geógrafo Angel Rubio, el sociólogo Hernán Porras y los folkloristas Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.

La primera labor antropológica de la profesora Reina Torres fue promover conocimientos, habilidades y valores en su especialidad entre el estudiantado de los centros en los que laboró. Formó, así, un nutrido grupo de jóvenes que se hicieron antropólogos o especialistas en ciencias afines que cultivaron la Antropología. Además de clases dictadas con mucho orden metodológico y rigor científico, empleó en este trabajo la técnica de las excursiones y los trabajos de campo y el recurso de la dirección de tesis o trabajos universitarios de graduación.

Para desarrollar las ciencias antropológicas emprendió y promovió, además un arduo trabajo de investigación y de edición y publicación de obras diversas. Con esos propósitos hizo numerosas giras relacionadas con el proyecto de carreteras panamericana en Darién y trabajos de campo vinculados a la antropología en diversas partes de la República. En 1961, para dotar al país de una infraestructura investigativa en las ciencias de la cultura, fundó el centro de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Panamá. En 1963, para enriquecer sus capacidades científicas personales, sustentó en la Universidad de Buenos Aires la tesis “Estudio etnológico e histórico de la cultura chocó”, con el que culminó

PANAMÁ INDÍGENA

sus estudios académicos y obtuvo en la Universidad de Buenos Aires el título de Doctora en Filosofía y Letras con especialización en Antropología. La labor de investigación la emprendió también desde importantes cargos administrativos entre los cuales se destacaron el de Presidente de la Comisión nacional de Arqueología y Monumentos Históricos (1962-1980) y el de Directora de Patrimonio Histórico del Instituto Nacional de Cultura (1970-1980). Los resultados de sus numerosas investigaciones etnohistóricas, etnológicas, arqueológicas, documentales y ecológicas fueron en parte publicadas en las revistas que fundó y dirigió: *Hombre y Cultura*, en 1962, en la Universidad de Panamá y *Patrimonio Histórico*, en 1971, en el Instituto Nacional de Cultura.

Uno de los más minuciosos trabajos de investigación dirigidos por la Doctora Reina Torres de Araúz fue el llevado a cabo entre los grupos humanos de las selvas y frentes de colonización rural del Este de Panamá, de 1966 a 1968, para efectos de apreciar el impacto de un proyecto de canal a nivel sobre la ecología humana. Fue hecho para Batelle Memorial Institute, de Columbus, Ohio. Dio como producto final varios informes, de los cuales es sumamente interesante por su valor etnológico y ecológico “Human Ecology of Route 17 (Sasardi Morti) Región” (1969). Los libros de la Doctora de Araúz son obras de gran vigencia y fuente básica para el estudio de la Historia y la Etnología de Panamá. Entre ellos, además de resultante de su tesis doctoral y de las investigaciones descritas, figuran “Arte precolombino de Panamá” (1966 y 1972), “Natá prehispánico” (1972), “Darién: Etnología de una región histórica” (1975) y finalmente, “Panamá indígena” (1981) en el que presenta descripciones y análisis juiciosos de todas las culturas indígenas actuales del istmo.

Otra gran contribución de Reina Torres de Araúz al desarrollo de la cultura de Panamá fue el resultante de su tesonera labor de extensión hecha a través de numerosos Simposios y Congresos de Antropología, Arqueología y Etnohistoria de Panamá, celebrados entre 1968 y 1980. En ellos se debatieron ideas, investigaciones e informaciones y se intercambiaron experiencias entre un multidisciplinario y numeroso grupo de profesionales panameños y extranjeros. Su máxima

obra cultural, sin embargo, fue la protección de los monumentos y reliquias históricas y arqueológicas y la creación de un servicio nacional de museos compuesto por los museos de Arte Religioso colonial (1974); de la Nacionalidad (1975); del Hombre Panameño (1976); de Historia de Panamá (1977); de Ciencias Naturales (1978); el Parque Arqueológico del Caño (1979) y el Museo Afro-Antillano (1980).

La educación nacional se benefició enormemente con sus aportes pues transmitió conocimientos novedosos, motivó actividades y fomentó actitudes positivas que contribuyeron a la reducción de los prejuicios raciales y a la comprensión de la diversidad cultural. En el aspecto curricular, actualizó los programas de Antropología en la Universidad de Panamá, introduciéndole módulos novedosos en Antropología Física y en Prehistoria de Panamá, los que después de ofrecerse por varios años en las temporadas de verano, terminaron por incorporarse a los planes de estudio de varias carreras. Aunque su labor a favor de un sistema nacional de museos tuvo motivaciones técnicas y científicas, no hay duda que primaron en el espíritu inventivo de la catedrática su vocación de educadora. Los museos son hoy considerados por la Ley Orgánica de Educación modificada en 1995 un recurso de educación permanente. Coincidentalmente el proyecto de reformas a la educación emanó de la comisión Coordinadora de Educación Nacional, organismo legal surgido a raíz de un movimiento reivindicativo de educadores, el cual fue dirigido en 1980 por la Doctora de Araúz.

Otra esfera de la actividad humana en la que se desarrolló la destacada antropóloga fue la política. Aunque tuvo inicialmente simpatías con la ideología social cristiana, después de 1968 se identificó con los programas del General Omar Torrijos Herrera a cuyo gobierno aportó la contribución política de aportar ideas para la redacción de una nueva Constitución. En 1972, en efecto la Dra. De Araúz fue vicepresidente de la Comisión de Reformas Revolucionarias a la Constitución, organismo en el que debatió sobre nacionalidad, educación, cultura nacional, reservas indígenas, ecología y derechos humanos.

Finalmente debe señalarse que a través de la Dra. De Araúz las ciencias de la cultura de Panamá y las diversas disciplinas que ella

PANAMÁ INDÍGENA

cultivo se beneficiaron de contactos e intercambios productivos con el medio internacional. Después de la citada experiencia de 1956 en el Instituto Indigenista Interamericano, la Dra. De Araúz se proyectó internacionalmente con su participación en el XXIII Congreso Internacional de Americanistas de Costa Rica en 1958 y con una visita de dos meses a los museos antropológicos de los Estados Unidos, invitado por el Departamento. Después de esas experiencias iniciales, hizo otras giras científicas por Francia, Estados Unidos, México, Alemania e Israel, invitada por gobierno y organismos internacionales. La Doctora de Araúz fue en 1980, Vicepresidenta del Comité de Patrimonio Mundial de la UNESCO y, en 1982, Comisaria General para la Aplicación de la Convención para la Protección de los Bienes Culturales en Caso de conflictos armados.

La Dra. De Araúz se hizo merecedora de numerosas distinciones tales como la Orden Vasco Núñez de Balboa en 1958, la Orden Belisario Porras y la Orden Manuel José Hurtado en 1980. Actualmente, el Museo del Hombre Panameño lleva su nombre.

Dedicatoria

A LA MEMORIA DE MI HIJO
OSCAR ARAÚZ TORRES, QUIEN
EN SU INFANCIA TUVO LA OPORTUNIDAD
DE CONVIVIR CON SUS
HERMANOS INDÍGENAS.



Introducción

Panamá es una nación pluricultural y plurirracial. Su signo geopolítico de istmo la ha convertido, desde su emergencia geológica, en paso obligado del hombre en sus desplazamientos por el continente. Al producirse la conquista y colonización del territorio americano por los europeos, este istmo estrecho ofreció a los recién llegados la evidencia del Océano Pacífico y la posibilidad del fácil acceso al mismo. Por su estrecha cintura, que el habitante aborigen cruzaba por senderos expeditos, el español trazó dos caminos: el Camino Real, obra de ingeniería colonial que, serpenteando por la selva unió las dos costas, y el que combinaba la ruta fluvial y la terrestre, llamado “Camino de Cruces”. Posteriormente, por esa misma ruta, el camino de hierro, el ferrocarril, permitió un más rápido tránsito de hombres y mercancías de un océano a otro. El viejo sueño del canal que uniera los dos mares completó su destino, al sacrificar su ecología en aras de las ventajas del comercio mundial. Hoy, además, una carretera ondula entre la ruta de hierro y la de agua. Su destino de ruta interoceánica y continental se cumplió ampliamente.

Todo ello trajo como consecuencia el arribo masivo de contingentes humanos. La población aborigen que se encontraba allí al inicio de la gesta, vio disminuir su número y perder su territorio irremediablemente. Queda hoy, sin embargo, un remanente que testimonia su preexistencia en el devenir histórico de la patria. Acerca de estos grupos indígenas que han sobrevivido a la conquista y colonización europea, y que han logrado mantenerse dentro de la compulsiva colonización interna, trata este libro.

No he querido hacer una presentación etnográfica exclusivamente, sino que he considerado necesario vincularlo a su historia cultural, y finalmente ligarlo a la dinamia nacional. Nunca, ni en sus momentos de extrema marginación, los grupos indígenas han estado completamente desvinculados de la corriente histórica panameña. Hoy, superados los años de marasmo e incompreensión, reclaman y obtienen su sitio en el consorcio de los grupos humanos que configuran la nación panameña.

No hemos querido prescindir de la exhaustiva investigación etnográfica, bibliográfica y de campo, ya que la importancia de la conservación de los datos culturales es cada vez mayor. Precisamente, por el proceso de cambio acelerado que hoy se vive es de justicia consignar y conservar esta parte medular del patrimonio cultural panameño.

Este libro no pretende ser el resumen total, la verdad completa de nuestras culturas indígenas. Ello no sería posible, ni aún como resultado del esfuerzo de múltiples antropólogos. Toda cultura, lo sabemos, es de tal riqueza y profundidad, que siempre habrá un fondo sin conocer. Todo estudio etnográfico es solamente un esfuerzo por acercarse, por conocer una cultura. No basta la vida y capacidad de un investigador para lograrlo. Ha de recurrir a todo lo que se ha escrito, además de las propias investigaciones.

En el caso que me ocupa, nos favorece la existencia de una rica bibliografía. Contrariamente a lo que el lego pudiera suponer, muchos estudios se han realizado sobre el tema de nuestras culturas indígenas. Lo que ha sucedido es que se trata de una bibliografía dispersa, editada en distintos países y en diversas lenguas.

Cuando me tocó crear el curso de Etnografía de Panamá en la Universidad Nacional, sólo lo hice después de haber logrado ubicar y consultar esa rica bibliografía dispersa. Desde entonces hasta ahora, ésta se ha enriquecido aún más.

Conocerla, ha significado la consulta mantenida en las bibliotecas públicas y privadas de Panamá, la búsqueda inagotable en las más y mejor dotadas bibliotecas del extranjero: Library of Congress, New

York Public Library, Biblioteque Nationale de Paris, Biblioteca Nacional de Bogotá, Biblioteca del Museo Etnográfico de Buenos Aires, Biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid, Biblioteca del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, Biblioteca Nacional de Costa Rica.

En la consulta bibliográfica no hemos desdeñado autores. Si bien para la parte etnohistórica hemos utilizado todos los recursos heurísticos a nuestro alcance —éditos e inéditos— para la sección etnográfica no hemos querido limitarnos a la obra del etnógrafo o antropólogo reconocido y doctorado. Hemos bebido en las fuentes de los viajeros, de los misioneros, de los funcionarios públicos que redactaron sus informes, de los autodidactas, de los observadores interesados, en fin, de todos aquellos que han podido observar —ayer y hoy— las características de determinada cultura. La nueva corriente de los antropólogos y sociólogos indígenas —que se inicia entre nosotros— ha sido también analizada. La tesis de grado, algunas realizadas bajo nuestra dirección y que han significado un esfuerzo investigativo, han aportado también su grano de arena en esta presentación etnográfica.

Pero la consulta documental y bibliográfica es solamente un aspecto de la investigación total. No puede pretenderse conocer las culturas indígenas si no se han revisado las ricas colecciones etnográficas recogidas desde el siglo pasado en distintos museos del mundo.

A lo largo de mi vida profesional, he tenido el privilegio de poder dedicar tiempo y energía a este tipo de investigación. He estudiado las colecciones etnográficas panameñas en los siguientes museos: Museo Nacional de Panamá, Smithsonian Institution, Museum of the American Indian, Museum of Natural History, Museum of Man (San Diego, California), Field Museum (Chicago), Musée de L'Homme (París), Etnografiska Museet (Gotemburgo, Suecia), Museo Nacional, Bogotá, Museo Nacional, Costa Rica.

Este tipo de estudio nos ha permitido conocer los cambios ocurridos en nuestras culturas aborígenes durante los dos últimos siglos. Hemos detectado la existencia de elementos culturales hoy desaparecidos. Por ejemplo, la cerámica Guaymí, y el trabajo de figuras de

REINA TORRES DE ARAÚZ

caucho de los Cunas del Darién, prácticamente imposible de encontrar hoy día. Ello nos ha servido de pauta para seguir la dinámica étnica.

Y, finalmente, hemos de mencionar el trabajo de campo, requisito sine qua non para el estudio antropológico. Nuestra vida profesional ha sido un constante visitar, en largas y cortas temporadas, los grupos indígenas y campesinos de Panamá. Nos preciamos de conocer nuestra tierra y sus gentes, su realidad rural y urbana. Hemos cumplido ampliamente en ello nuestra vocación. Hemos orientado también hacia esos rumbos a un número plural de profesionales panameños, que hoy enriquecen la bibliografía antropológica nacional con sus publicaciones. Hemos facilitado —personal y administrativamente— la investigación de campo a muchos antropólogos extranjeros que han contribuido grandemente a un mejor conocimiento de nuestra realidad antropológica. Al hacer todo ello hemos aprendido muchas cosas que por medio propio no hubiéramos logrado. Creemos que mientras más se investiga, más se sabe, porque la ciencia nunca está hecha, está siempre haciéndose.

Creemos también, que el conocimiento debe transmitirse; en sus errores y verdades. Para ser corregido o perfeccionado, porque una idea genera otra.

Bajo este criterio y con la seguridad de que esta obra será pronto corregida y superada por otros, cumpliendo con ello su propósito de lograr conocer mejor la realidad antropológica nacional, nos atrevemos a ofrecerla, como una modesta retribución al privilegio de ser panameña.

Reina Torres de Araúz.

Las Cumbres, enero de 1980.



Armas ofensivas y defensivas de los indios americanos. Tomado de Herrera y Tordesillas.

Historia de la etnografía panameña

Ya que no es posible separar a una cultura de sus raíces históricas, se impone la proyección etnohistórica. De allí que si queremos presentar un panorama completo de las fuentes documentales y bibliográficas, tenemos que remontarnos al momento de la conquista. No vamos a encontrarnos aquí, salvo ilustres excepciones como Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé Las Casas y Pedro Mártir de Anglería con un planteamiento etnográfico voluntariamente acometido por quien escribió el documento. Se trata generalmente de cartas, informes, probanzas y toda la variedad de comunicaciones que la administración metropolitana exigía de los conquistadores. En ellas hay que entresacar, el relato asombrado, orgulloso, intencionado del descubridor y conquistador, los datos que, describiendo una acción, nos definen patrones culturales. Se puede comenzar con la Carta de Jamaica de Cristóbal Colón, testimonio que nos compete, sus diarios de viaje, la biografía escrita por su hijo Hernando, hasta llegar a la cantera, al parecer, inagotable, de documentos que hay en los Archivos de Indias y de Simanca y que testimonian con firma directa o de notario, lo que los nombres cumbres de la conquista pudieron decir al pasar sobre las culturas indígenas que encontraron en el Istmo: Pascual de Andagoya, Gaspar Espinosa, Vasco Núñez de Balboa, el Obispo Quevedo, Pedrarias Dávila.

Los cronistas merecen mención aparte. Entre ellos muy especialmente Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. Los que estuvieron en “las India”, y fueron testigos de la agonía de las culturas ante el impacto del conquistador, nos describen con conocimiento y sentimiento lo ocurrido. No podría hacerse un recuento de la gesta conquistadora en Panamá si no se lee al detalle a Oviedo. Allí encontraremos no sólo la historia de los hechos —material del



Grabado de la obra de Herrera y Tordesillas, donde aparecen bajeles españoles y canoas indígenas frente a Santa María.

historiador— sino la descripción de las características culturales de los indígenas —material del etnógrafo.

Pero si se quiere ahondar aún más, hay que sondear los apasionados relatos de Las Casas, menos etnógrafo que Oviedo, pero quien en su defensa de los indios se acerca con simpatía a su cultura. Y tampoco hay que despreciar a Pedro Mártir, que si bien escribió “de oída”, tuvo el privilegio— como palaciego destacado y sagaz— de entrevistar a los conquistadores recién llegados, oír sus querellas en las largas antesalas y aportar así datos etnográficos que completan los vacíos existentes en otros cronistas.

Herrera, Gómara, Cieza de León, suministran datos que si no todos originales, en cuanto a testimonio, son el resultado muchas veces de la confrontación de una fuente original con testigos de época o presenciales.

Pero también la prolífica cantera de documentos de carácter administrativo y eclesiástico puede encontrarse un apreciable venero etnográfico. Además de las ediciones clásicas sobre los documentos más importantes de los conquistadores, tales como la compilación de los viajes y hechos de los españoles en América, están todavía los miles de pliegos sin revisar, o poco conocidos, que guardan valiosa información.

Carlos Manuel Gasteazoro, en sus Fuentes Documentales para la Historia de Panamá, ha dejado una imagen asaz completa del acervo documental existente. Esa documentación, de ella la que ha sido investigada, lo ha sido generalmente en función histórica. La labor etnohistórica requiere otra téc-

PANAMÁ INDÍGENA

nica y otro prisma que hasta ahora poco se ha practicado. Queda entonces, aún por realizar, una más amplia tarea de análisis etnográfico de los documentos históricos, para enriquecer los conocimientos —cortos aún— que tenemos sobre el devenir de nuestras culturas indígenas.

Pero no solamente los grandes archivos en España guardan material aún desconocido; Colombia, en sus Archivos Nacionales, posee innumerables documentación panameña de los Siglos XVIII y XIX. Hemos encontrado allí importantes documentos de la etnohistoria Cuna y Chocó. Los Archivos de Guatemala no han merecido aún una misión investigadora panameña, a pesar del hecho de que estuvimos administrativamente relacionados en un momento de nuestra historia.

Los archivos de las órdenes religiosas en España, Perú y México, deben constituir un fondo de incalculable valor. Lo conocido por los esfuerzos compilatorios de un Fray Juan Meléndez, de un Requejo Salcedo, nos señalan esa evidencia. Y será ésta quizás, la más promisoría desde el enfoque etnohistórico, dada la formación humanística y la función proselitista, que exigía un conocimiento cabal de las culturas. Y con este tema entramos en los primeros etnógrafos de la época colonial: Fray Adrián de Santo Tomás, llamado también Ufeldre y Fray Antonio de la Rocha. Ambos, de la orden de los



Dibujo original de Oviedo y Valdés que representa la forma característica de cargo, de los indios del Darién.

Dominicos, no limitaron sus esfuerzos a la catequización, sino que se ocuparon de recoger e indagar sobre las características propias de las culturas indígenas en las cuales ejercían su profesión de fe.

Fray Adrián de Santo Tomás se desempeñó en la primera cuarta parte del Siglo XVII, entre los Guaymíes; de los informes que enviaba a la Orden, Juan de Meléndez copia las importantes y específicas relaciones etnográficas y los acontecimientos y vicisitudes del misionero etnógrafo y nos lo transcribe en la obra titulada: *Tesoros Verdaderos de Las Indias*.

De allí, el conocimiento con que hoy contamos sobre rituales, su concepto de la divinidad, de características sociales, etc., que aún hoy pueden encontrarse en este grupo indígena.

Tal es el éxito de sus “Reducciones” que es luego llamado a desempeñarse entre los Darienes, los Cunas de hoy, quienes constituían un permanente problema para la administración española por su agresividad y rebeldía. Gracias a la abundante correspondencia que mantuvo con las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles, y en las cuales deja también importante recuento etnográfico, podemos hoy seguir los cambios culturales de los Cuna.

Fray Antonio De la Rocha nos deja invalores datos etnográficos sobre dos grupos indígenas hoy desaparecidos o amalgamados con otros, del sector occidental del Istmo: los Doraces y los Zuríes.

Fray Antonio de Ceballos merece también mención entre los misioneros etnógrafos. Su labor se desempeñó entre diversas culturas del macro grupo Talamanca, incluyendo los Guaymíes, y nos transmite también importantes noticias sobre el proceso aculturativo.

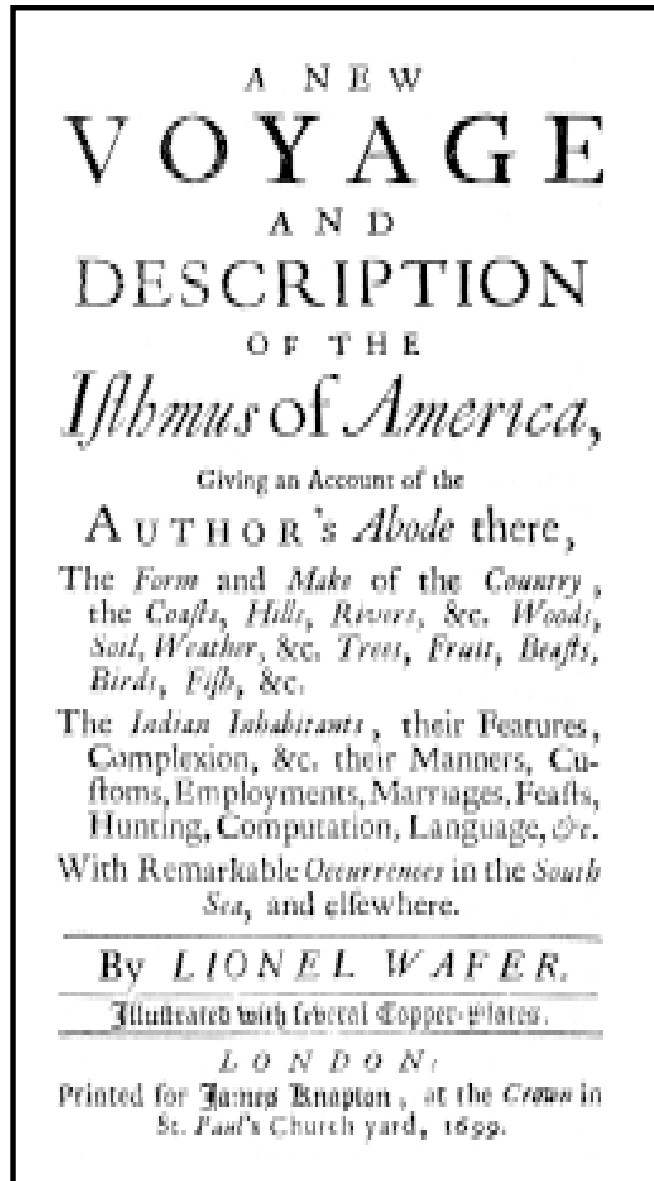
Mientras los misioneros trataban de ganar almas y también de colaborar con el proceso imperial español, dejándonos al mismo tiempo algunos testimonios etnográficos —como los mencionados— otros trataban también de ganarse las simpatías y parcialidad de los indios, con su oposición al gobierno español: los piratas ingleses. Y de la gesta de la piratería inglesa en Panamá nos quedó un libro de extraordinario valor para la etnohistoria Cuna, escrita por un singular personaje, Leonel Wafer, cirujano de a bordo. Aunque William Dampier, el pirata naturalista, participara en la misma expedición que atravesara el Istmo de uno a otro océano, es a Wafer a quien le toca vivir la extraordinaria aventura de ser recogido durante cuatro meses por los Cuna, al quedar herido y dejado

atrás en la marcha, y de hacer amistad con Lacenta, el Cacique. Si bien él vivió esa aventura en 1681, su obra, magníficamente ilustrada, se publica en 1699. Sirve él de informante y su libro, de consulta, para la empresa de colonización del Darién. De este mismo tenor tenemos que mencionar otro pequeño libro, firmado por Isaac Blackwell, quien se desempeñó igualmente como pirata o marino a lo largo de la costa caribe de Panamá y cuya obra pretende describir—dentro de un marco algo confuso— las culturas entre las cuales tuvo la oportunidad de convivir y entre cuya población incluso, dejó hijos, según él mismo testimonia.

De esta tentativa, fallida, que cierra con la victoria española el Siglo XVII, nos fueron legados varios opúsculos escritos por personajes participantes de las expediciones. Revisten también gran valor etnográfico, pues estos colonos trataban de enviar noticias de los modos de vida de estos indios—Cunas—, quienes los aceptaron, como decimos, comprendiendo que esa alianza significaba un respaldo en su lucha sin cuartel contra el español.

En el Siglo XVIII, un Gobernador de Darién, Andrés de Ariza, en su escrito “Comentarios de la rica y fertilísima Provincia del Darién”, se ocupa no solamente de destacar las potencialidades agropecuarias, los recursos mineros de la región sino que entra en pormenores etnográficos sobre los Cuna. Ceremonias, estratificación social, aparecen descritas con lujo de detalles en la comunicación mencionada. En ella trataba inútilmente de despertar el interés de las autoridades metropolitanas por la provincia agonizante, postulando incluso un sistema de defensa y un camino que uniera las dos costas.

También el occidente de Panamá, en lo que se refiere a su población indígena, merece el interés oficial. Es en esta ocasión, el Secretario del Obispo de Panamá, Reverendo Juan Franco, quien haciendo compañía en el recorrido pastoral, de su superior, se dedica a observar, a recoger informes sobre las culturas de los Guaymíes y tribus vecinas. Se trata de un apreciable esfuerzo etnográfico, aunque presentado en un tono carente de la simpatía que debiera caracterizar al etnógrafo. El mismo autor completa esta descripción posteriormente, al contribuir con la Expedición Malaspina, con el estudio del pueblo del Istmo, incluyendo las poblaciones rurales y urbanas. El texto dedicado a los Guaymíes es el mismo y se adosa una breve referencia a los indios del Darién.



Portada de la edición original del libro de Leonel Wafer.

PANAMÁ INDÍGENA

El Siglo decimonono nos brinda también amplia documentación sobre los grupos indígenas panameños. Si en los viajeros y comerciantes que recorrieron nuestras costas comerciando clandestinamente con los indios y campesinos habremos de encontrar las informaciones que las fuentes oficiales retacean, es justamente de uno de éstos, el comerciante inglés Orlando Roberts, de quien nos queda una importante relación de sus aventuras y experiencias entre los Cuna, como también de manera especial, entre los Guaymíes cuya vida compartió durante un año. Igualmente, consigna importantes datos sobre los indios Teribe, para mencionar únicamente las tribus indígenas panameñas, de nuestro interés en este libro. Esta obra es igualmente valiosa para los países centroamericanos, constituyéndose en obra de consulta no sólo etnográfica sino también histórica.

Los historiadores colombianos Ernesto Restrepo y Felipe Pérez, se ocupan igualmente de los grupos indígenas panameños, muy especialmente Restrepo, cuando en “Apuntes de Cartera” describe con precisión la ubicación de los Cunas y Chocoes en el Darién, como también los patrones culturales que pudo observar o acerca de los cuales les fue dado obtener información fidedigna.

Ramón Valdés, en las sucesivas ediciones de Geografía de Panamá, da noticias de los más conocidos grupos indígenas Guaymíes y Cuna, dejándonos datos etnográficos valiosos.



Autores diversos se preocuparon por dejar, en fotos y grabados, evidencias de las culturas istmeñas.

Lo que hemos llamado nuestro “signo geopolítico de Istmo” incide también en la historiografía etnográfica panameña. Los intereses franceses en la construcción de una vía interoceánica, traen a nuestro Istmo al prolífico lingüista, etnógrafo y viajero Alphonse Pinart. Este curioso personaje logra desplazarse de uno a otro extremo del Istmo, haciendo apuntamientos etnográficos y recogiendo vocabulario y hasta reuniendo datos sobre sitios arqueológicos. Y de todo ello deja el testimonio consignado en su esfuerzo editorial: *Bibliothèque Ethnographique Americaine* y en algunas comunicaciones académicas a la Sociedad Geográfica. Incluso le debemos informes sobre los lugares poco conocidos por el común de los panameños de la época tales como Bocas del Toro y el Valle de Miranda. El hecho de que publique la descripción etnográfica de Franco sobre los Guaymíes, nos hace pensar en sus búsquedas documentales en los archivos eclesiásticos.

Las exploraciones previas a la construcción del canal a nivel, realizadas por los exploradores franceses no se circunscriben, como es el caso de Armando Reclús, a lo exclusivamente topográfico y de ingeniería, sino que entran en observaciones de carácter sociológico y etnográfico típico de toda empresa colonialista, pero que son sumamente aprovechables hoy para conocer esa dinámica étnica que caracteriza a todo conglomerado humano. El Libro de Reclús “*Exploraciones a los Istmos de Panamá y Darién*” abunda en datos antropológicos en el más amplio sentido del término y aparece ilustrada con preciosas litografías representativas de las costumbres y razas que le llamaron la atención.

No tan rica, desde el punto de vista antropológico, es la obra de Napoleón Bonaparte Wyse, titulada “*Le Canal de Panamá*”, pero brinda, no obstante, datos sobre la ubicación de los grupos indígenas en el Darién. No solamente son los principales jefes de la empresa canalera francesa quienes contribuyeron al enriquecimiento de la bibliografía francesa sino también médicos como Catat y Viguiet, al servicio de la *Compagnie Universelle du Canal Interoceanique*. El primero de ellos, Louis Catat, tuvo serio interés académico por los indios Cuna y Chocoes, legándonos en sus publicaciones además de valiosos apuntes etnográficos, las primeras mediciones antropométricas que conocemos, de los aborígenes de la región. Su interés científico lo llevó también a realizar algunas excavaciones arqueológicas en la “*Loma del Espíritu Santo*”, en Caña, Darién. Un artículo de Viguiet, sobre los Cuna del extremo oriental del Tuyra, nos permite también seguir la secuencia histórica de tan importante cultura.

PANAMÁ INDÍGENA

De 1909, también dentro de la gesta canalera, pero esta vez bajo la empresa norteamericana, nos queda el estudio “The people of Panama”, obra de una mujer: Eleonor Yorke Bell. Era ella la esposa de un médico de la Compañía del Canal, y, llevada por su interés académico—no sabemos si de índole profesional— se dedicó a conocer las características raciales y culturales de los panameños. Sus observaciones directas se limitaron, a las inmediaciones del “Canal Zone”, sin llegar a visitar las regiones de población indígena. Pero, para referirse a ellas, no solamente utilizó calificada bibliografía, sino que recurrió también a la consulta de diversos funcionarios de la Compañía, quienes, en función de cargo, o fuera de él, se dedicaron a viajar por los rincones más apartados de la nueva República. Lo acucioso de sus observaciones, lo selecto de la bibliografía consultada, le valieron el honor de que fuera publicada su monografía por el Instituto Smithsonian, en su reporte anual de 1909.

El estado panameño se preocupó desde sus inicios por dotar a la nación de un mecanismo educativo que propendiera a la paulatina integración de los grupos indígenas. A este tenor, auspició esfuerzos misioneros en San Blas, y comisionó al padre Leonardo Gassó, jesuita, para llevar a cabo esa difícil labor



Fotografía original de Otto Lutz que retrata a un indio chocó.

entre los Cuna. Este devoto misionero, quien cumplió su labor proselitista y política, en manifiesto desacuerdo con la presencia de una misionera norteamericana, Miss Ann Cooper, escribe a sus superiores, a principios de siglo, cartas informativas donde podemos —estudiándolas con detenimiento— conocer la situación cultural y la fermentación política existente en San Blas, y que luego hará crisis en la Revolución de Tule. También merecen, pues, las “cartas” del Padre Gasso, ser incluidas en esta Historia de la Etnografía Panameña, en razón de que significan un real esfuerzo por conocer previamente una cultura istmeña, en la cual se proyectaba, siguiendo el sistema de la época, introducir impositivamente elementos aculturativos.

También dentro de este esfuerzo educativo del estado panameño, se dio la contratación de científicos y pedagogos europeos, quienes, en algunos casos, contribuyeron al conocimiento de los grupos indígenas. Tal es el caso del Dr. Otto Lutz, quien fue contratado para enseñar Ciencias Naturales en el Instituto Nacional, orgullo de la educación panameña. Su interés por la etnografía lo llevó a recorrer las provincias del occidente panameño, donde obtiene importantes datos sobre los Guaymíes, y en Coclé hace serias observaciones sobre los llamados “cholos”. Igualmente, pudo visitar a los indios chocoes en el Darién, y de todo ello queda, además de las publicaciones monográficas, magníficas fotografías, que constituyen hoy documentos de inapreciable valor. Sus publicaciones se redujeron, lamentablemente, a cortos folletos, hoy joyas de las bibliotecas especializadas y que fueron editados en Panamá y en Alemania.

El historiador panameño, Enrique J. Arce, bien conocido por su “Historia de Panamá”, se ocupó también de la etnohistoria istmeña. Su monografía titulada “Etnología del Istmo”, publicada en 1909 en “Anales del Ateneo”, denota su gran conocimiento de las obras de los Cronistas, y también resultan importantes sus referencias a los grupos indígenas de la época.

Ese intelectual universal que fue Narciso Garay, en su maravillosa obra “Tradiciones y Cantares de Panamá”, nos transmite sus vivencias entre Cunas y Guaymíes, a quienes visitó a finales de los años veinte. Folklorólogo y etnógrafo de campo, recorrió ampliamente el istmo, para poder contar con ojos de testigo presencial, la grandiosa riqueza de las tradiciones campesinas y de nuestras culturas indígenas. Modestamente, no se reconoce como

PANAMÁ INDÍGENA

etnógrafo, y sueña y vaticina con el día en que estudiosos panameños beban en las fuentes vivas de las culturas aborígenes:

“...y no serán entonces los franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos los únicos que sepan de los habitantes primitivos de América. A Pinart, De Zeltner y Rivet, al Capitán Joyce, a Max Uhle, a Holmes y Mac Curdy, sucederá una pléyade de arqueólogos y etnógrafos nacionales que cumplirán para con su patria los deberes espirituales que hasta hoy han venido delegando en los extranjero”.¹

La magnífica obra de Narciso Garay fue ya uno de los primeros esfuerzos de investigación etnográfica, evidenciando en su contenido el inagotable venero de información que se abre al estudioso.

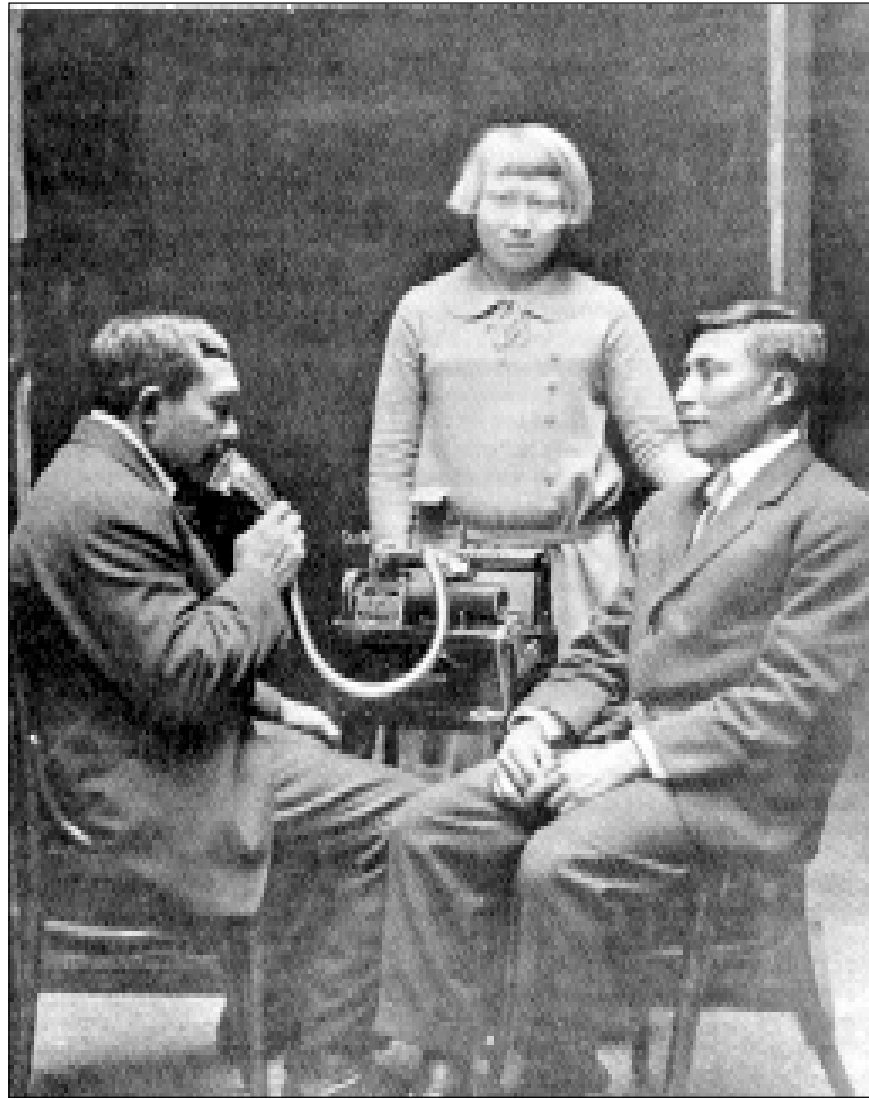
Un curioso pasaje político de nuestra historia fue causa del enriquecimiento de la bibliografía etnográfica panameña. Se trata de los antecedentes inmediatos de la Revolución de Tule: “La Expedición Marsh al Darién”. El discutido personaje Richard Oglesby March, quien había sido Cónsul y Encargado de Negocios de Estados Unidos en Panamá, se dirigió posteriormente a nuestra tierra, como representante de empresas interesadas en la plantación y explotación del caucho en el Darién. Allí, según cuenta este controvertido aventurero,



Foto de un Bokotá tomada por Nordenskiöld.

¹ Garay, Narciso 1930; 80.

REINA TORRES DE ARAÚZ



En los laboratorios de Smithsonian Institution, los Cunas James Perry, su hija Margarita y Alfred Robinson realizan grabaciones de cantos y tradiciones.

tiene la oportunidad de ver unos “indios blancos”. Une esa particularísima impresión, respaldada por una vieja leyenda originada en los “albinos Cunas”, a sus conocimientos sobre Quetzatcoatl y otros personajes de la mitología prehispánica, y crea una teoría que pretende demostrar la relación de estos supuestos “indios blancos”, con aquellos. Para comprobar sus suposiciones organizó una importante expedición en 1923, a la región darienita. De ella formaron parte científicos de Smithsonian Institution y del American Museum of Natural History, tales como el asistente del Dr. Alex Hrdlicka, de la primera institución, y un zoólogo, de la segunda. También un joven científico panameño, Raúl Brin, participó de ella, resultando uno de los mártires de la expedición, junto con John Baer, el asistente de Hrdlicka en el Departamento de Antropología del Instituto Smithsonian, ya que ambos mueren de resultado de enfermedades contraídas en la selva.

La trágica expedición no le ofrece a Marsh el fin perseguido, y no es sino en la costa y Archipiélago de San Blas a donde cruzan en vano intento de recibir ayuda para la vida de Baer, donde hallando algunos albinos Cuna, se agarra el organizador de la expedición de ellos como de una tabla de salvación, para pretender demostrar su teoría de los místicos “indios blancos del Darién”. Desarrollando una astuta labor política, que después le rendirá sus frutos, logra reunir entre los Cuna de San Blas, un grupo de ocho personas, entre indios pigmentados y albinos, adultos y niños, y los lleva a los Estados Unidos para ser exhibidos y estudiados.

No es el libro de Richard O. Marsh “The White Indians of Darien”, el resultado más importante de esta aventura pseudocientífica y de ribetes políticos. Este libro, no es más que la empecinada repetición de su teoría a pesar de las declaraciones de un Harris y un Huxley, sobre la condición de albinos comunes de sus famosos “indios blancos” y además, un recuento amañado de los percances vividos en la expedición. Lo importante son los diversos estudios de Antropología Física, Lingüística, Etnografía y Musicología, con firmas de Alex Hrdlicka, Hungtinton, Densmore, Krieger, etc. que se derivaron del estudio realizado por los diversos especialistas que pudieron estudiar los indios llevados por él a Estados Unidos y también la rica colección etnográfica que recogió entre Cunas y choques y que hoy se encuentra, celosamente guardada y conservada, en Smithsonian Institution. Así, el nombre de los científicos mencionados se suma

a la bibliografía etnográfica panameña, presentando al mundo científico internacional la importancia y valor de nuestras culturas aborígenes.

Pocos años después de este pasaje histórico, en la antropología panameña como también en nuestra historia política— llegó a Panamá el reconocido antropólogo y americanista sueco Barón Earland Nordenskiöld en plan de investigación científica. Llega en compañía de su esposa, la Baronesa Olga, y de su discípulo, el arqueólogo Sigvald Linné. Se inicia con esta visita una de las etapas más importantes y fructíferas de los estudios etnográficos sobre grupos indígenas panameños. Desplegando una admirable actividad, Nordenskiöld visita los indios Chocoos, de donde lleva a su informante Selimo, quien lo acompaña en buena parte de su recorrido; visita el archipiélago de Las Perlas y parte de la costa pacífica de Colombia, descubre para la ciencia etnográfica a los indios Bokotá de Bocas del Toro, culminando su misión científica en San Blas, donde permanece una temporada laboriosa estudiando con profundo interés y admiración la cultura Cuna.

Recoge Nordenskiöld entre los Cuna de San Blas una enorme cantidad de datos sobre sus patrones culturales e igualmente una extraordinaria colección etnográfica, que hoy se encuentra en Etnografiska Muscet (Museo Etnográfico), en Goteborg, Suecia. En esta labor lo ayudó el intelectual Cuna Rubén Pérez Kantule, quien había cursado estudios en el Instituto Nacional y era a la sazón secretario del famoso líder Nele Kantule. Al terminar su trabajo de campo, el antropólogo sueco invita a Pérez Kantule a viajar posteriormente a Goteborg, para ayudar en el trabajo de gabinete subsiguiente: el minucioso trabajo de la identificación, descripción y clasificación de las piezas que componían la valiosa colección etnográfica, como también para la interpretación y consulta sobre las observaciones de campo realizadas.

Efectivamente, Pérez Kantule viaja a Gotemburgo, donde comparte con Henry Wassén, discípulo de Nordenskiöld, sus labores de gabinete durante los meses de trabajo asignados en Etnografiska Museet.

Wassén continúa la obra de Nordenskiöld. Le toca editar su monumental estudio “A cultural and Historical Survey among the Cuna Indians”, ya que Nordenskiöld muere antes de poder terminarla. Posteriormente inicia Wassén sus viajes de investigación etnográfica en Panamá, continuando las investigaciones entre los Cunas, pero realizando también algunos estudios de campo

PANAMÁ INDÍGENA

entre los Guaymíes. Sus estudios de los indios Chocoes se llevaron a cabo principalmente en Colombia.

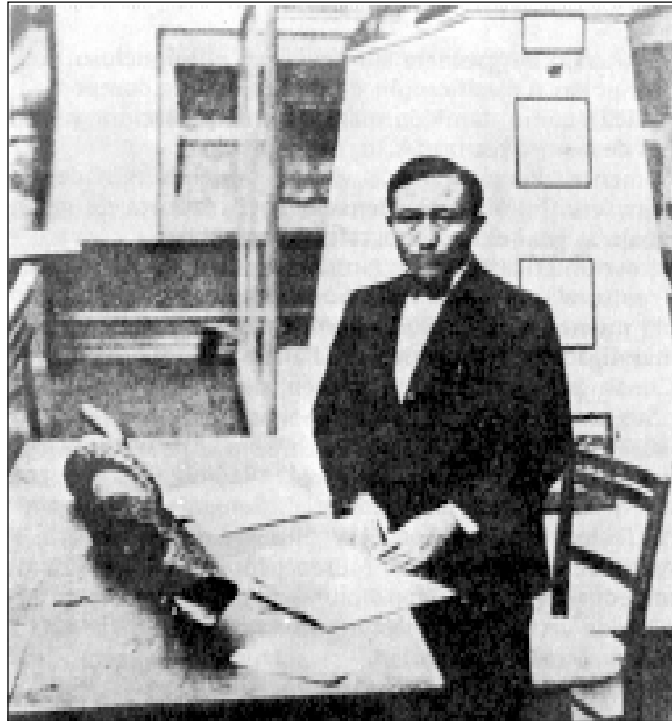
No solamente dedicó Wassén su interés a la investigación etnográfica sino que aplicó igual entusiasmo a la labor editorial. Suman a más de cincuenta las monografías y artículos escritos por él y Nils Holmer, lingüista, en *Ethnologiska Studier*, órgano de divulgación del Museo Etnográfico de Gotemburgo. Fuera de ello, hay que considerar un número plural de ponencias presentadas en congresos, como también de artículos publicados en revistas científicas de Estados Unidos, Panamá, Francia, Suecia y otros.

La aportación de la escuela antropológica sueca a la antropología panameña no ha sido aún superada. Los nombres de Erland Nordenskiöld y Henry Wassén para la etnografía, Nils Holmer para la lingüística y Sigvald Linné para la arqueología, marcaron un camino de cientifismo del cual no es posible desviarse.

Si bien no en un plano científico, sino más bien a modo de crónica de viajeros, debemos citar a Hyatt Verrill, explorador y prolífico escritor norteamericano, quien enviado por el Museo del Indio Americano —Fundación Hayer— realizó un amplio recorrido por el Istmo reuniendo colecciones arqueológicas y etnográficas. De todos sus informes, quizás uno de los más interesantes es el publicado en *Indian Notes*, donde describe su visita a los Guaymíes, como también de gran valor documental son sus fotografías y la valiosa colección etnográfica de Chiriquí, Veraguas y Coclé reunida por él y que hoy se encuentran en los depósitos del Museo del Indio Americano.



Henry Wassén, antropólogo sueco cuya obra es fundamental para la etnografía panameña, 1964.



Rubén Pérez Kantule en el gabinete de trabajo en el Museo Etnográfico de Gotemburgo.

Mientras estas misiones científicas y pseudo científicas se desarrollaban en nuestro territorio, también los investigadores panameños iniciaban sus estudios de campo entre los grupos indígenas. Habiendo destacado ya la obra de Narciso Garay, debemos, con justicia, hacer honor a Manuel María Alba, quien fue uno de los primeros panameños en efectuar recorridos y exploraciones, convivencias e investigaciones en territorios y grupos indígenas del país. De su obra, merecen especial mención “Etnología y Población Histórica de Panamá” e “Introducción a las Lenguas Indígenas de Panamá”.

Un misionero bocatoreño, el Reberendo Ephrain Alfonse, quien se desempeñó en labor proselitista entre los Valientes (nombre local aplicado a los Guaymíes de Bocas del Toro) durante treinta años, se empeñó en profundos estudios gramaticales del Movere. Smithsonian Intitution publicó un libro

PANAMÁ INDÍGENA



La labor misionera del padre Erice se ha plasmado en diversos estudios etnográficos e históricos sobre los Cuna. Es el segundo de la fila trasera. San Blas, 1959.

“Guaymi Grammar”, que sigue siendo básica obra de consulta. Además de ésta, se deben mencionar la autobiografía “My life among the Valiente”, y “God at the Helm”, de las cuales pueden extraerse importantes datos etnográficos. Aún hoy, avanzados sus ochenta años, se ocupa este admirable investigador en proseguir sus estudios lingüísticos y etnográficos entre los Guaymíes. Ha sido, el primer profesor de lengua y cultura Guaymí en la Universidad de Panamá.

Un misionero español, el padre Manuel M. Puig ejerció un apostolado de 16 años entre los Cunas de San Blas, larga convivencia que aprovechó para estudiar la lengua y los patrones culturales de este grupo. Es el autor del libro “Los Indios Cuna”, y de dos obras con relación a la lengua de este grupo aborigen, tituladas “Gramática Cuna” y “Diccionario Caribe-Cuna”. Posteriormente, el Padre Jesús Erice, con un mínimo de 20 años de trabajo pastoral en San Blas, se ocupó también, aunque con menor intensidad que Puig, de estudiar la cultura e historia Cuna. Es autor de algunos artículos sobre tradiciones y particularmente sobre la Revolución de Tule.

Indudablemente, como ya resulta evidente de este recuento histórico de la etnografía panameña, que la más abundante producción etnográfica se refiere a los indios Cuna y a los Chocoos. Sin embargo, es menester consignar el nombre de un investigador norteamericano, quien en los años 30 realizó trabajo de campo entre los Guaymies: el Prof. Frederick Johnson. A él se le debe el estudio que sobre esta cultura aparece publicado en la clásica obra de consulta "Hand-book of South American Indians". En esa misma obra se encuentra el estudio de David B. Stout sobre los indios Cunas y los Chocoos. Stout es autor, además, de un magnífico estudio sobre cambio cultural titulado "San Blas Aculturation".

La atracción que la cultura Cuna ha ejercido sobre los antropólogos es innegable. A ella corresponden el mayor número de estudios especializados, dentro de las distintas ramas de las ciencias del hombre. Así, vemos que dentro del campo de la ecología humana, de enfoque innegablemente antropológico, Charles Bennet realizó los primeros estudios de este tipo entre los Cuna de Bayano y Clyde Keeler, investigaciones genéticas y fisiológicas entre los de San Blas. Sus estudios de genética fueron los que siguieron a los resultados por Reginald Harris, en 1925, durante los años críticos de la Revolución de Tule. Este investigador llevó también algunos albinos Cuna a Estados Unidos para ser objeto de investigaciones especializadas en el campo mencionado. Este autor también se ha ocupado del arte y la mitología de esta cultura.



Reverendo Ephraim Alphonse, autor de la "Gramática Guaymf" y de "Mi Vida Entre los Valientes".

PANAMÁ INDÍGENA

A partir de la mitad del siglo que corre, se incrementa el número y la frecuencia de estudios antropológicos realizados por investigadores panameños. Angel Rubio, el siempre recordado Director del Departamento de Geografía de la Universidad de Panamá, nos dejó un “Esquema Antropogeográfico de Panamá”, que sirvió de pauta indicadora. También Bonifacio Pereira J. aunque fundamentalmente historiador, logró, en el campo de la etnografía, aportar algunas experiencias y señalar algunas interrogantes sobre los distintos grupos indígenas. Un médico, el Dr. José Manuel Reverte, dedicó mucho de su tiempo a la recopilación de datos etnográficos, ya en el campo, ya en el gabinete, labor que se objetivó en un buen número de artículos y en algunas publicaciones especializadas como “Literatura Cuna” y “Los indios Teribes de Panamá”. Roberto De la Guardia, historiador y sistematizador, ha hecho estudios de campo entre los indios Guaymíes de Chiriquí y es autor del importante estudio: Mitología Panameña.

La labor del Centro de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Panamá, ha de señalarse como uno de los estímulos principales que motivaron el número plural de investigaciones de campo en los últimos años. En efecto, al esfuerzo de sus miembros —profesores y estudiantes graduandos— se debe el inventario completo de los grupos humanos de Panamá y diversos trabajos de salvamento etnográfico y especializados, de las firmas de Raúl González, Francisco Herrera, Marcia Arosemena, Aminta Núñez, Rafael Rivera, Olga Linares y otros. Su órgano de publicidad, la Revista Hombre y Cultura y los Simposios Nacionales de Antropología, que este organismo inició, constituyeron el fundamento básico del estudio antropológico que hoy se manifiesta diversificado y profesionalizado en Panamá.

La Dirección Nacional del Patrimonio Histórico, del Instituto Nacional de Cultura, en sus cortos diez años de existencia, ha logrado producir una importante bibliografía de nacionales y extranjeros, basada en sistemáticas investigaciones de campo que prácticamente han cubierto el territorio istmeño. Junto con el Centro de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Panamá, organiza y lleva a cabo los Congresos Nacionales de Antropología, en los cuales, investigadores nacionales y extranjeros, dan a conocer sus últimos trabajos sobre los distintos campos de la ciencias del hombre, aplicada a la problemática panameña. La publicación de sus Actas, constituyen una innegable aportación a la bibliografía especializada.

La labor de investigación, en las áreas de la etnografía, la antropología social, la etnoecología, el folklore, la etnohistoria, la historia del arte, la arqueología, han sentado ya las bases del hacer antropológico en el istmo. También al canalizar y tramitar los estudios similares hechos por extranjeros en Panamá, incorpora y divulga los conocimientos resultantes, que de otra manera, escaparían al círculo de estudiosos nacionales y no trascenderían al dominio público.

La creación de Museos especializados por parte de este organismo del Estado, ha dotado a la nación del digno receptáculo para cumplir las funciones de inventario y conservación, exhibición, investigación didáctica y divulgativa.

El Instituto Lingüístico de Verano, por designación ministerial adscrito al Instituto Nacional de Cultura, ha desarrollado una labor de investigación etnográfica y lingüística entre todos los grupos aborígenes del país, destacándose muy particularmente, además de la labor destinada a la alfabetización bilingüe, el rescate de la literatura oral y las tradiciones vernáculas, por boca y mano de los mismos indígenas, en diversas obras que constituyen documentos inapreciables para el conocimiento de esas culturas.

La Universidad Santa María la Antigua, cumple también labor de investigación antropológica y editorial. En su órgano de divulgación “La Antigua”, se han publicado trabajos de diversos autores nacionales y extranjeros sobre temas referentes a grupos indígenas y etnohistoria panameña.

Una interesante manifestación del interés y revalorización cultural es la creación del Instituto de Cultura Cuna, que funciona en Ustupu, San Blas y en el cual jóvenes profesionales Cunas se han dado a la tarea de rescatar textos tradicionales de boca de Kantules, Neles e Inatuledis, traducirlos al español y comentarlos. El grupo cuenta con algunos profesionales indígenas en el campo de las ciencias sociales, quienes con dedicación y entusiasmo se abocan a esta tarea.

El Centro de Capacitación Social constituido en su mayoría por sacerdotes antropólogos agustinos y jesuitas, se ha enrumado por los cambios que se han dado en llamar actualmente de la “Antropología Comprometida”. Sus investigaciones de campo entre los distintos grupos indígenas del país enfatizan en los aspectos económicos y sociales, tendiendo a la formulación de programas educativos y de mejoría de la capacidad productiva. La labor editorial emprendi-

da por este Centro, se caracteriza por cortas monografías sobre temas económicos y sociopolíticos y en algunos ocasionales artículos que con la misma firma de los autores de las monografías aparecen en revistas como “Diálogo Social”.

La Sociedad Panameña de Antropología inició hace algunos años la labor editorial con la publicación de una Revista de la cual han aparecido dos números. En el mismo se nota el interés de divulgar los conocimientos del orden arqueológico, antropológico y etnohistórico sobre los grupos indígenas panameños.

Si bien es evidente un renovado interés, a nivel nacional, por este tipo de estudios, no ha disminuido la afluencia de investigadores extranjeros. Anualmente llegan, generalmente durante los meses correspondientes a las vacaciones universitarias del hemisferio norte, antropólogos de Estados Unidos y Europa a realizar “field work” entre Cunas, Guaymies y Chocoes, principalmente. Los nombres de McChapin, James Howe, Phillip Young, Regina Hollman, Richard Costello, John Bort, Joel y Dina Sherzer, Frances Stier, señalan hoy una nueva deriva a los estudios antropológicos de Panamá.

El panorama antropológico actual en Panamá, servido por nacionales y extranjeros, se vislumbra fecundo y prometedor. Si bien este breve panorama histórico ha focalizado la investigación entre grupos indígenas respondiendo a la temática de este libro debemos reconocer que el ámbito realmente se amplía cada vez más y que los estudios cubren hoy las poblaciones negras, campesinas e incluso subculturas urbanas.

El aspecto de la aplicación o derivación aplicada de los estudios etnográficos en Panamá, merece también una mención. Es menester recalcar que los esfuerzos investigativos de los antropólogos en los últimos quince años no se han circunscrito a lo puramente académico, sino que, en muchos casos, han sido aprovechados aplicándolos a programas sociales, de desarrollo, etc. Lo que decíamos al respecto en 1968, es realidad hoy, igualmente:

“... con relación a este tema, es fácil observar que, de acuerdo con la actual orientación de la Antropología en muchos países latinoamericanos, que tiene una relación con la consideración y solución de problemas que conciernen a asuntos nacionales, o internacionales, en Panamá, las investigaciones antropológicas han sido sustraídas del método puramente descriptivo, con el fin de ir hacia otros campos.

REINA TORRES DE ARAÚZ



PANAMÁ INDÍGENA



Sala de Etnografía del Museo del Hombre Panameño. Dirección Nacional del Patrimonio Histórico, Instituto Nacional de Cultura.

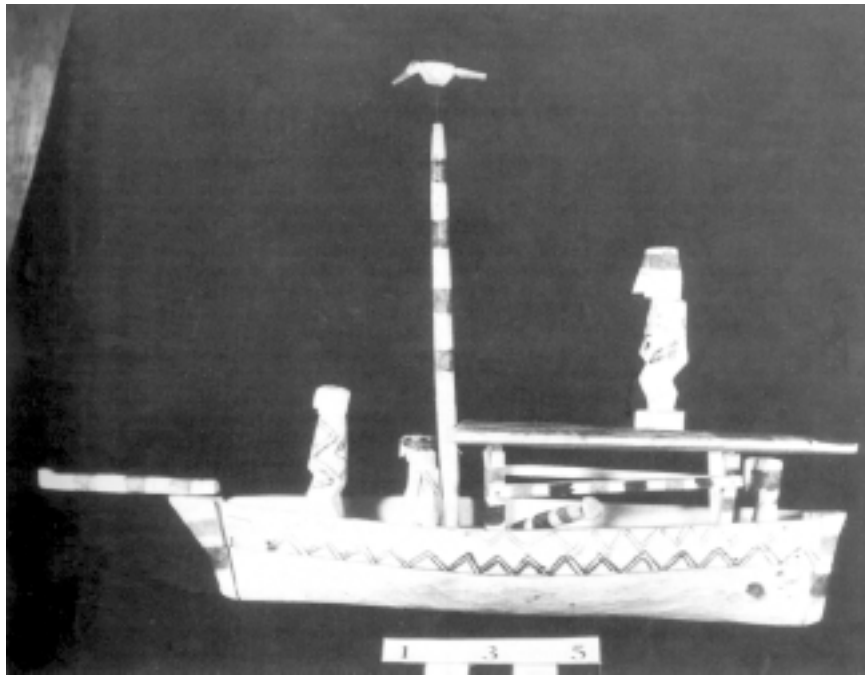
Problemas tales como el desarrollo de comunidades indígenas; comunidades rurales; migración interna, etc. están mereciendo la aplicación de las técnicas tradicionales de la Antropología Social y Aplicada".²

En efecto, son varios los estudios, la mayor parte inéditos, llevados a cabo por antropólogos panameños o extranjeros al servicio de organismos del Estado o entidades privadas bajo contrato con aquéllos, que enfocan temas etnográficos, para luego derivar de ese conocimiento básico y fundamental, las recomendaciones programáticas para proyectos que involucran traslados de población, cambios económicos, incremento de productividad, programas de salud, empresas de desarrollo, etc. Por ejemplo, la Dirección Nacional del Patrimonio Histórico llevó a cabo y publicó (en reducida edición mimeografiada) los estudios de Antropología Aplicada con relación al traslado de población de las comunidades Cunas y de las Chocoes que resultarían afectadas por la construcción de la represa del Bayano. Asimismo, el organismo ejecutor del proyecto, el Instituto de Recursos Hidráulicos y de Electrificación, llevó a cabo estudios al respecto. En el Ministerio de Planificación y Política Económica, son varios los estudios que involucran la investigación de campo o documental sobre los grupos indígenas panameños, u otros grupos humanos, y que se han realizado en función de asesoramiento o análisis previo a un programa.

Asimismo puede decirse del Ministerio de Educación, en lo tocante a Programas especiales y Alfabetización. En lo respectivo a salud, el Ministerio correspondiente, también ha realizado algunas investigaciones, y el Ministerio de Gobierno y Justicia, últimamente está llevando adelante programas interagenciales de investigación económica y social de los grupos indígenas. La Oficina de Estadística y Censo, es la que ha llevado siempre lo relativo a estudios de población y demografía del país, incluyendo, a la población indígena. Sus publicaciones periódicas son fuente insustituible de información sobre este importante aspecto de la población aborígen panameña.

Todo este tipo de actividad antropológica compone un corpus ya respetable y de apreciable dimensión, sobre el tema de trascendencia nacional, que es el Panamá Indígena.

PANAMÁ INDÍGENA



“Barco de los espíritus” de uso ritual entre los Chocoes.

Marco etnológico y lingüístico

Una caracterización etnológica de los actuales grupos indígenas de Panamá resulta difícil, dada la dinámica cultural, en continuo proceso, que motiva contactos, involuciones, cambios culturales y otros fenómenos propios, lo cual tiende a oscurecer el panorama y a suscitar confusión.

No obstante, y tratando de presentar un cuadro lo más completo posible de nuestra realidad etnológica, y tomando en cuenta las tradicionales clasificaciones de la americanística, resulta claro que podemos afiliar las culturas aborígenes panameñas a dos categorías: la de Culturas Circumcaribes y la de Culturas de Selva Tropical.¹ A la primera categoría estarían afiliadas las culturas de División Cuna y Talamanca; a la segunda, las de División Chocó.

La más aceptada clasificación etnológica de las culturas centro y suramericanas comprende las llamadas Culturas Andinas, las Circumcaribes y Sub Andinas; las de cazadores y recolectores o Marginales, y las de Selva Tropical. Dentro de este marco de referencia, resulta evidente, por ubicación geográfica, la filiación de la mayoría de nuestras culturas, a la categoría circumcaribe.

La ubicación particular geográfica panameña, la ha hecho susceptible del tránsito continuo de grupos humanos que en todas las épocas han efectuado su trasiego a través del angosto istmo. Así, no es de extrañar que sumado ello a los avatares de la historia, haya cambiado repetidas veces nuestro panorama etnológico. En el capítulo “Etnohistoria Istmeña”, se estudia justamente el contraste entre las altas culturas que la arqueología y la Protohistoria nos consignan, y las que hoy subsisten. Muchas desaparecieron físicamente, otras resultaron amalgamadas, y aun otras ingresaron a lo que hoy es políticamente Panamá, en virtud de las obligadas corrientes migratorias que la conquista motivó.

¹ Steward, J. 1948; 11.



Vivienda Guaymí, emplazada a enorme distancia de los vecinos.

Los patrones culturales propios de los grupos circumcaribes son identificables entre los Cuna, y entre las diversas culturas de filiación Talamanca. Steward, en su ya clásica clasificación etnológica, señala para éstas, un basamento económico fincado en la agricultura, con faenas de recolección, pesca y cacería la que aumentaba su productividad y “la cual permitía una densa población y pueblos grandes”.²

La sociedad aparecía estratificada en tres o cuatro clases, con una marcada preponderancia del jefe.

Pocas veces había un sacerdocio organizado, solucionándose conjuntamente lo curativo y lo religioso a través del Shamán. Sin embargo, se registraba culto en los templos y la existencia de ídolos.

La posición social iba con relación a la riqueza y capa o estrato, como también a su desempeño en la guerra. La cautividad de esclavos en éstas era factor importante para la derivación económica (explotación laboral), como también para el culto religioso (sacrificios, ofrendas).

Las costumbres fúnebres incluían enterramientos secundarios en urnas; para los jefes, se llevan a cabo enterramiento y funerales especiales que in-

² Steward, J. 1949; 2.

PANAMÁ INDÍGENA

cluían momificación mediante desecamiento. El sacrificio de esposas y esclavos eran comunes en este caso.

De un análisis de estos patrones propios de la categoría circumcaribe, se deduce que pocos son hoy los que pueden detectarse. Pero si nos elevamos a las fuentes etnohistóricas, veremos que algunos de ellos sí estuvieron presentes, antes del cambio cultural y la involución resultante a causa de la conquista europea.

La base agrícola intensiva permitía los prósperos pueblos y la manutención de las clases guerreras y especializadas. Hoy, si bien no puede señalarse de intensiva las prácticas agrícolas, salvo los recientes casos de explotaciones de derivación agroindustrial, o bien de segura ubicación en el mercado, sí descansa en esta tecnología de productividad la economía de esas tribus. La cacería, la pesca y la recolección, siguen siendo faenas secundarias, pero coadyuvantes a la economía familiar. Principalmente las dos primeras, entre los grupos Talamanca y Cuna, garantizan la aportación proteínica a la dieta. A ello se ha sumado la adopción de la técnica europea de criar aves y animales de corral, aunque siguiendo la tradición aborígen de los animales salvajes criados

CLASIFICACIÓN ETNOLÓGICA			
Categoría	División	Grupo	Tribu
Circumcaribe	Cuna	Cuna	Cunas de San Blas Cunas de Tierra Firme (Bayano y Darién)
Circumcaribe	Talamanca	Guaymí	Movere Guaymí-Sabanero
		Talamanca	Teribe Bribri
		Bokotá	Buglere
Selva Tropical	Chocó	Emberá	Embera
		Wounaan	Nonameños

en las casas (como señala el Cronista Fray Antonio de Ceballos, en el caso de los tapires y sainos que deambulaban libremente entre las gentes Talamanca) hoy se les ve a menudo en soltura. De toda forma, la estructura económica de productividad se mantiene, oscilando desde la mera subsistencia hasta la posibilidad del mercadeo del excedente económico. Todo ello permite el sostenimiento de poblaciones de regular tamaño, que si bien la manutención se resuelve en función de la capacidad de producción familiar, cuando la necesidad lo exige, se reparte el excedente entre la comunidad, tal como ocurre a menudo entre los Cuna.

El patrón de asentamiento en aldeas, no se cumple en el caso Guaymí. Las características de la región montañosa que habitan favoreció —con relación evidente a las prácticas agrícolas rotativas— las viviendas familiares o de linajes aisladas, a considerables distancias una de otras. Esta característica la encontramos consignada desde las más tempranas crónicas e informes. En cambio, entre los Teribes, las pequeñas aldeas, se suceden unas tras otras a lo largo de su hábitat ribereño. Hoy, superadas las guerras intestinas, no tienen función los “palenques” o “palizadas” que defendían las aldeas. Las leyendas tribales hablan todavía de tales palizadas en las cuales solían poner —a modo de aviso— los cráneos de los enemigos vencidos.

Los Cuna mantienen el patrón aldea en los dos tipos de hábitat donde hoy se encuentran: en las islas y costas de San Blas, o en las orillas de los ríos del Darién. Las viviendas familiares se ubican a escasa distancia la unas de otras, dejando un lugar preferencial para la Casa del Congreso (función política y religiosa) y para la Casa de la Chica (función social y tradicional).

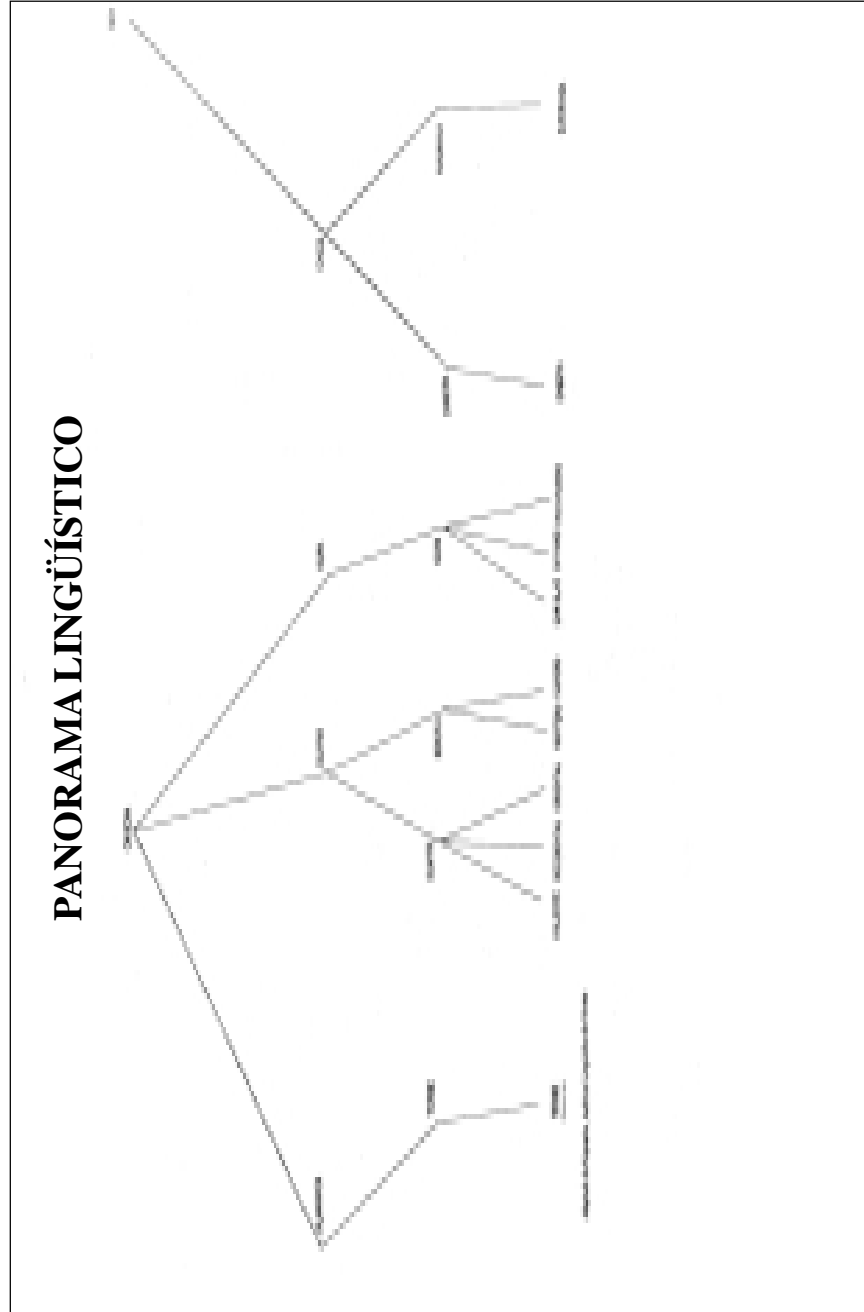
La estratificación social estaba todavía claramente establecida a principios del Siglo XVII cuando los misioneros dominicos, Fray Adrián de Santo Tomás y Fray Antonio De La Rocha visitaron con fines proselitistas a los Guaymíes, Doraces y Zurís y Bugabas. Estos misioneros hablan de los “jefes tribales” (cargo político) y de los “cabras” (jefes militares).

En el caso de los Cuna es interesante señalar que todavía, en 1699, por lo menos entre los de “la banda norte” (o sea los de la vertiente atlántica) los anónimos informantes de la colonia escocesa bautizada como Nueva Caledonia, nos dejan una descripción del “Rey del Darién” majestuosa e impresionante. Este personaje político tenía amplia hegemonía y bajo él se ubicaban los distintos jefes

PANAMÁ INDÍGENA



Cacería de una Guacamaya por los Cunas de Paya.



locales y una florida corte. Ostentaba privilegios de lujo en el vestir, en su vivienda particular y en sus diversiones.

Contrasta indiscutiblemente con la autoridad y condición actual de los jefes Cuna, quienes despliegan más que todo una autoridad paternal y no disfrutaban de mayores privilegios. El sahila Cuna actual, atiende sus sembríos y va de cacería como cualquiera hijo de vecino, y sus atuendos personales no son especialmente distintivos.

En el caso de una cultura Talamanca, los Teribes encontramos el mismo fenómeno. El Rey Teribe, es realmente un servidor de su pueblo a quien no se le puede señalar atributos diferenciales del resto de la comunidad, más que el resto debido a su cargo. Asimismo, la total ausencia de estratificación social tanto entre los talamancas como entre los Cuna, difiere de las versiones protohistóricas. Ha sido quizás, la prioridad de la supervivencia del grupo lo que ha eliminado castas o clases privilegiadas que hubieran exigido un derroche económico o recursos de guerra esclavistas que el rompimiento de las estructuras básicas produjo, motivado éste a su vez por el trauma feroz de la conquista. La llamada “involución cultural” es en realidad una contracción a lo meramente vital y utilitario, como recurso adaptativo de defensa y supervivencia.

En lo referente al sacerdocio, que realmente no existe en estos casos, vemos tanto entre Cunas, como entre las actuales culturas Talamanca, la combinación de atributos de prácticas medicinales, condición shamánica, capacidad de videncia y de comunicación con el mundo espiritual, en la persona de un Nele (caso de los Cuna) o un Sukia (nombre de origen Mosquito generalizado entre los Talamanca). El culto en el templo no está presente hoy. En este tenor, los patrones religiosos, en su manifestación externa, se acercan más al tipo de Selva Tropical, donde el Shaman oficia por sí mismo y donde se encuentre, sus ritos curativos y de comunicación con Dios y los diversos espíritus. Tal vez en las descripciones que nos han llegado de algunos viajeros y autoridades políticas (por ejemplo el gobernador del Darién, Don Andrés de Ariza en el Siglo XVIII) sobre el encerramiento del Nele, Lele o Paguévere (como lo llamaron los corsarios que visitaron a los Cunas) en una especie de casa pequeña, donde entonaban rezos o canciones en alta voz, para comunicarse con los espíritus, pudiéramos hallar las trazas de un pretérito uso y función del templo. En los Cuna, es sugestiva la variedad de especialistas que actualmente existen, en conexión con el mundo espiritual: Neles, Inatuledis, Absoguedis, Abisúas,



Aldea Cuna en Darién.

Kantules. Esto puede interpretarse como el remanente de un antiguo sistema sacerdotal más elaborado y organizado.

Asimismo, las leyendas existentes entre los Talamanca, en este caso que mencionamos, los Teribes, de un personaje mítico femenino, que vivía en una casa ubicada en una loma o cerro, y a la cual la gente visitaba, con el fin de lograr oráculos y curaciones, señalan también la anterior existencia de centros ceremoniales con oficiantes.

Las guerras esclavistas fueron práctica común en ambos grupos, entre quienes las cabezas-trofeos como fue el caso de los Talamanca, y la utilización de huesosflautas, entre los Cuna, define la vinculación de ritos religiosos a las

PANAMÁ INDÍGENA



Grabado del libro de Lionel Wafer que representa al Cacique Cuna Lacenta con su esposa y servidores.

prácticas fúnebres. Prácticas de funebria, además, que se mostraban bastante elaboradas.

Entre los Cuna, los testimonios etnohistóricos, como veremos en el capítulo correspondiente, atestiguan el enterramiento secundario en urnas. Entre los Doraces, las leyendas recogidas por Beatriz Miranda de Cabal cuentan también con este tipo de enterramiento y del eficaz sistema de sellar las urnas con caucho. La práctica del desecamiento de los cadáveres, como sistema de momificación, se practicó hasta hace poco entre algunos grupos Guaymíes.

De las dos Divisiones que adscribimos a la categoría circumcaribe, la División Talamanca, representada con cuatro Grupos (Guaymí, Teribe, Bri-bri y Bokotá), ofrece una clara homogeneidad de rasgos culturales básicos. Un patrón de vivienda tradicional común para todas; tecnologías de subsistencia fincadas en productos similares, tales como el maíz de roza, el pixbae, la fruticultura y la horticultura; prácticas propiciatorias de cacería semejantes; estructura y concepto del mundo espiritual, que ofrece muchos puntos de contacto, incluso el nombre asignado a Dios: Chö (Teribe); Sibü (Guaymí); Sibü (Bri-bri); Shubé (Bokotá).

La división Talamanca, que además de las culturas mencionadas para Panamá, incluye la Cabecar y Boruca en Costa Rica, y que comprendió a las desaparecidas Changuena y Dorace en Panamá, se perfila como un macizo

cultural o macrocultural de fuerte hegemonía sobre una amplia extensión territorial, detectada así desde los tempranos años de la protohistoria americana. Probablemente de antigua vigencia en la región atlántica o caribe de lo que hoy son las repúblicas de Panamá y Costa Rica, con extensiones hasta la zona orográfica Talamanca-Tabasará.

La División Cuna, ofrece la circunstancia de estar representada por una cultura que fue ganando territorio a expensas de los vacíos demográficos ocasionados por la conquista europea. No evidencia la diversidad de grupos de la Talamanca, limitándose, por lo contrario, a uno sólo, fenómeno que podría ser atribuido a un antiguo desmembramiento, agudizado por una prolongada dinámica migratoria tribal. Por otra parte, no ofrece más relación con la División Talamanca, que la filiación lingüística Chibcha. Incluso, en ciertos aspectos de su cultura, presentaría algunos elementos que la acercan a las de la Categoría de Selva Tropical, muy particularmente en algunos mitos tales como el del “árbol de la vida” de amplia difusión entre las culturas amazónicas. También es menester tomar en cuenta sus contactos dilatados en función de vecindad, con la cultura Chocó, propia de la División aludida. Todo ello, conduce a una clara imagen que complementa lo que la Etnohistoria —en otro capítulo reseñada— nos dice sobre los orígenes e historia de esas culturas.



Inatuledi (curandero botánico) de Bayano, atendiendo a un joven paciente.

PANAMÁ INDÍGENA



Foto de un Congreso General Cuna donde aparecen los Grandes Sahilas Yabiliquiña (con sombrero) y Otolebiliquiña. San Blas, 1958.

Muy particular es la situación de la División Chocó, en cuanto a su articulación a modo de cuña intrusiva dentro del área propia de la categoría Circumcaribe. Un análisis de sus patrones culturales y un estudio de su historia cultural, nos la define como de la Categoría de Selva Tropical, intrusiva y de agresivo avance migratorio en el área. Además, su filiación lingüística Caribe la aparta definitivamente de las culturas con las cuales hoy comparte el territorio en el Istmo de Panamá.

Existe, pues, en la Cultura Chocó un número plural de elementos típicos de culturas de selva tropical, especialmente amazónicas. Es precisamente este hecho lo que permite establecer las vinculaciones entre los Chocoes y culturas del otro lado de la Cordillera, como también ayudar a esclarecer el problema de la procedencia de este grupo y demás aspectos de su etnohistoria.

Creo conveniente presentar aquí una lista de analogías culturales de los Chocoes con los grupos Amazónicos. Steward, en el Sumario sobre las características de los pueblos de Selva Tropical ha mencionado los más importantes elementos que caracterizarían a estos grupos.³

³ Steward, J. 1949; 698-710.

REINA TORRES DE ARAÚZ



Lázaro Santana, Rey Teribe, en labores económicas y familiares.

PANAMÁ INDÍGENA



Piragua chocó con plataforma en los extremos.

Con base a ello, presento los elementos Chocoes que muestran analogías con aquellos. Algunos existen en la actualidad y otros han existido en épocas anteriores, según lo evidencian las historias tradicionales de este grupo o los documentos históricos respectivos.

1. Canoa socavada adaptada para uso en el río, con plataforma en los extremos.
2. Cerbatana.
3. Pueblos rodeados de empalizadas.
4. Existencia de linaje.
5. Patrilinealismo
6. Costumbres de incorporar los esclavos a la tribu
7. Trofeos (cráneos, huesosflauta)
8. Canibalismo
9. Chamanismo
10. Leyendas del sol, la luna y el rayo.
11. Mito del Árbol de la Vida y otros
12. Uso de trompetas en ceremonias chamánicas
13. Corte de cabello y utilización de un palito para rascarse, ambos presentes en la ceremonia de la pubertad femenina.
14. Cerámica modelada
15. Técnica de Tela de corteza

16. Tambor hecho de un tronco hueco
17. Barbacoa
18. Veneno para flecha o dardo
19. Estera como cama para dormir
20. Calabazas decoradas

La canoa socavada, está especialmente diseñada para la navegación fluvial, y posee, lo mismo que algunas amazónicas, una plataforma donde el indio se sitúa para lanzar el arpón.

La cerbatana Chocó, está confeccionada con dos cortes longitudinales de secciones de cañas, pegados entre sí. Este tipo de cerbatana se encuentra entre los Chébero, Jívaro, Shipibo, Miraña, Bioje, Záparo, Quijo, Coto, Colorado, Ticuna y Yamamadí.⁴

Métraux ha señalado que su mayor distribución se encuentra entre las tribus del alto Amazonas y en las regiones entre el Orinoco y los Andes.

Los pueblos rodeados de empalizadas no existen en la actualidad, pero las tradiciones que recogió Nordenskiöld entre los Chocoes Emberá, testifican su existencia anterior. Por otra parte, las versiones de los cronistas, Cieza de León entre ellos, hablan de pueblos rodeados de empalizadas entre tribus de la región geográfica-histórica Chocó.

La existencia de linajes no puede observarse claramente en la actualidad. Pero las leyendas Chocoes hablan del linaje de los Domicós, Cansarí, etc. descendientes de los hijos de Séver, el héroe cultural.

El patrilinealismo, característico de la estructuración social de las culturas amazónicas, se encuentra presente también. En la actualidad, estos patrones pueden verse un tanto alterados, a causa de que, habiéndose incrementado las migraciones del grupo, no es posible muchas veces respetar los imperativos de clan patrilineal. Entre otros, los Witoto, en muchos aspectos relacionados con los Chocoes, tiene también clanes patrilineales.

La costumbre de incorporar los esclavos a la tribu, fue señalada por Fray Pedro Simón, entre los Noanamás. Afirmaba que les hacían beber ciertas drogas con el fin de que olvidasen su lugar de origen.

⁴ Métraux, A. 1949; 251.

PANAMÁ INDÍGENA

Los trofeos aparecen en las historias tradicionales. Séver y sus hijos llevaron a su campamento las cabezas de los guerreros Cuna vencidos, y los pusieron sobre las estacas. También hacían collares con los dientes de los vencidos.⁵

El canibalismo, rasgo cultural un tanto incierto, está sin embargo presente en las tradiciones chocoes como practicado por unos antiguos indios llamados Burumiaes, quienes se comían a los que se aventuraban por sus dominios. Es interesante señalar que los Burumiaes, usaban largas cerbatanas y fueron los inventores del veneno, según cuentan esas tradiciones. Esto implica una identificación cultural o al menos una relación con este grupo. Testimonios históricos tales como las crónicas de Cieza de León, el libro de Isaac Blackwell, etc. señalan la existencia de canibalismo entre grupos que podrían identificarse con los Chocoes.



Jaibaná chocó curando a un infante con un bastón. Aruza, Darién.

⁵ Torres de Araúz, R. 1966; 88.

El Chamanismo, que constituye un rasgo cultural tan importante, en los grupos Selva Tropical se encuentra bien representado entre los Chocoes, con características extáticas, terapia botánica, etc. Las historias tradicionales hablan también de la existencia de este personaje en épocas anteriores, sobre todo en la época de sus luchas contra los Cuna.

Las leyendas del sol, la luna y el rayo se encuentran también en este grupo. Aparecen relacionados con el dios Caragabí, quien habría convertido a Humantahu y Gedeco en sol y luna respectivamente, como castigo a sus pecados. En esta leyenda Chocó, Gedeco aparece enamorada de Humantahu y despreciada por éste.

El mito del árbol de la vida, que tiene amplia difusión en las culturas amazónicas, ya lo he presentado en el capítulo de etnografía Chocó. Pero es conveniente mencionar aquí la existencia de este mito entre los Chimila, donde aparece relacionado con la obtención del maíz. Reichel-Dolmatoff recogió este mito,⁶ que tiene gran significado etnohistórico ya que los Chimila son de procedencia amazónica, según este autor, y además tuvieron contacto con los Chocoes, por lo menos a fines del Siglo XVIII, cuando fueron reducidos conjuntamente en el pueblo de San Cipriano, en la Gobernación de Cartagena. Otro mito de gran valor etnológico es el de los mellizos que nacieron de la pierna. Este mito, analizado por Wassén fue recogido también por el lingüista Jacob Loewen entre los Chocó del Río Sambú, Darién. En la versión por él presentada, estos mellizos nacieron de la pierna de un hombre.⁷ Luego, fueron recogidos por una anciana, quien los crió. Se alimentaban de los menstruos de las mujeres. Al morir la anciana, ellos fueron informados de que una culebra había picado a su padre, matándolo. Decidieron vengarse, eliminándolas a todas. Casi lo lograron, pero se escapó una culebra preñada, y de allí descienden las culebras que existen hoy día. Luego, les informaron que fue la luna quien asesinó al padre. Decidieron vengarse enlazándola, pero al hacerlo, uno de ellos cayó “donde se pone el sol”. De allí fue llevado por éste al “mundo de abajo”. Allí encontró a unos hombres que se alimentaban del olor de los alimentos y no podían defecar. A solicitud de ellos, él, con su cuchillo les abrió un orificio a modo de ano, pero los hombres murieron pues se les salió toda la arena que tenían dentro. El sol tuvo que sacarlo

6 Reichel Dolmatoff, G. 1945; 9.

7 Loewen, Jacob 1958; 154.

de allí apresuradamente, pues de no hacerlo, corría peligro su vida. Lo dejó en casa de su hermano quien al poco tiempo murió pues los “del mundo de abajo” le echaron agua hirviendo. Luego se convirtió en piedra. Al tratar de picarla, para encerrarla, salieron muchos vampiros.

Esta versión recogida por Loewen es muy completa y en realidad incluye dos mitos: el de los mellizos y el de la visita al “mundo de abajo”.

Una información muy interesante, en la cual aparece el mito de los hombres “del mundo de abajo” que no tienen ano y que están llenos de arena, fue recogida por el profesor Raúl González entre los Chocoes Noanamás de Chimán, Panamá. La versión dice así: “Según fui informado por varios indios, se tiene la creencia general de que existen tres mundos que en su orden son: el mundo superior donde habita Ewandama junto con las almas de los indios muertos; Sandalio me informó que habían allí Chocoes, Emberá y Nonamás viviendo cada uno en sus propios pueblos. Los hombres viven allí con la primera esposa que tuvieron en vida. En segundo lugar, tenemos “el mundo de el medio”, es decir, el mundo en el cual viven las personas vivas y las almas de las cuales Ewandama no recibe en el mundo superior; además viven aquí los espíritus benignos y los espíritus malignos. Los domingos, Ewandama suele bajar a este mundo a cazar ñeques por los que los Chocoes de Chimán acostumbran irse de caza los domingos a cazar ñeques exclusivamente. En tercer lugar, tenemos un mundo de seres extraños a quienes llaman los “Animiás”, estos seres viven bajo la tierra y tienen la apariencia de un hombre pero carecen de boca y de ano por lo que no pueden comer sino solamente oler los alimentos y están llenos de arena. Durante el día duermen y durante la noche comienzan a afilar sus machetes y se ponen a trabajar en los campos de Chontaduro. Además, ellos son los dueños de los armadillos, los ñeques, los conejos, los saínos y todos aquellos animales que hacen sus madrigueras bajo la tierra”.⁸ Diversas culturas amazónicas tienen también la idea de un “mundo de abajo” donde los hombres no tienen ano. Kurt Nimuendajú recogió tal información entre los Tukuna.⁹

El uso de trompetas en las ceremonias chamánicas existe también entre los Chocoes. Esta trompeta es generalmente algún caracol conseguido me-

8 González, Raúl 1966; 198.

9 Nimuendajú, K. 1948; 723.

dianite compra y obtenido en algún viaje. Se supone que con él llaman a los espíritus que van a utilizar en las curaciones.

En la ceremonia de la pubertad femenina, se utiliza un palito para rascarse ya que de no hacerlo, y utilizar en ellos las uñas, se llenarían de granos. El corte de cabello se lleva a cabo durante la fiesta que pone fin a la reclusión de la niña recientemente púber. Estas características están muy difundidas en el Amazonas; especialmente entre los Tukuna, se observan exactamente los rasgos de reclusión, palito para rascarse y corte de cabello.

La cerámica modelada, especialmente en motivos antropomorfos, es características de este grupo. Se utiliza para guardar chichas y otros líquidos, especialmente en las ceremonias chamánicas o sociales. La cerámica en forma de bota, que también existe en este grupo, ha sido señalada por Nordenskiöld como prueba etnológica de su procedencia amazónica.

La tela de corteza, que hacen las mujeres chocoes, se utiliza actualmente como estera para dormir. Sin embargo, se usó anteriormente como vestido, y aun en algunos ríos de Colombia, donde las facilidades comerciales no abundan, los indios las llevan puestas diariamente. En colecciones etnográficas de principios de siglo (Expedición Marsh al Darién, en 1923) existen esteras de tela de corteza, laboriosamente pintadas con jugos vegetales.

El tambor de tronco hueco, fue encontrado entre los Chocoes por Nordenskiöld y posteriormente por Reichel-Dolmatoff. Los utilizan en las fiestas sociales o de la cosecha. Reichel-Dolmatoff, informó acerca de un tambor de tronco, hecho en forma de canoa, y que era tocado por una anciana en una ceremonia de propiación agrícola.¹⁰

La barbacoa, utilizada para asar las carnes, constituye el tipo característico de asar y ahumar la cacería entre los Chocoes. Inclusive, dentro de las casas suele encontrarse una permanente, con carnes y otros alimentos secos, que reciben continuamente el humo de las desgrasa.

El veneno para flecha o dardo es de dos tipos: veneno vegetal y animal. Ya Fray Pedro Simón habla del veneno vegetal entre los Noanarnáes, aunque un poco despectivamente, presentándolo como de efectos leves. Por otra parte, las tradiciones o historias culturales chocoes hablan del veneno animal, sacado

¹⁰ Reichel Dolmatoff 1961; 140.

PANAMÁ INDÍGENA

de una rana, y que utilizarían los indios en sus luchas contra los Cunas. Las tradiciones ya mencionadas de los “Burumiaes” los señalan como los inventores del veneno. Todo ello indica una gran antigüedad cultural de ese elemento.

La estera de tela de corteza como cama para dormir, no presenta gran difusión, pero se encuentra entre grupos amazónicos según ha señalado Steward. Solamente los niños pequeños de los Chocoes duermen en hamacas. Los adultos y niños de tres años en adelante lo hacen en esteras, cubiertas por una tolda que oficia de mosquitero.

Todos los elementos culturales arriba mencionados permiten establecer una relación cultural entre la cultura Chocó y las amazónicas, especialmente las del Noroeste de la cuenca amazónica, donde se encuentran tribus como los Huitotos y Tucuna, con quienes tanto rasgos en común han podido señalarse. Entre esas tribus ha establecido Steward como característica: la cerbatana, el arco y la flecha, tela de corteza, canoa socavada, masa, trampas y drogas, canastas de transportes, canastas tipo “twilled”, cerámica modelada y pintada en ciertos casos, ceremonias de la pubertad femenina con reclusión y corte de cabello, tambores hechos de troncos huecos, esclavitud de los cautivos, canibalismo, creencias en un mundo superior y otro inferior, chamanes, técnicas de succión en la curación de las enfermedades.¹¹ Todos éstos se encuentran en la cultura Chocó, como se ha explicado en el análisis anterior y en el capítulo sobre etnografía. Algunos otros elementos culturales del Noroeste del



Tambor de tronco hueco tocado por una chocó Wounaan en Aruza, Darién.

¹¹ Steward, J. 1948: 888.

Amazonas, tales como las grandes casas comunales, ceremonias de iniciación de los varones, clanes divididos en mitades exogámicas, uso de máscaras ceremoniales, etc., no se encuentran entre los Chocoos.

El número plural de elementos culturales mencionados, y especialmente los concernientes a lo mitológico y esotérico, como también algunos aspectos ceremoniales, indican un posible origen amazónico de esta cultura.

La influencia Caribe, que la lingüística ha demostrado, especialmente los trabajos de Rivet, puede explicarse en virtud del fuerte movimiento expansionista de los grupos Karib, que tuvo lugar, en su fase más intensa, un siglo antes de la llegada de los españoles, y que además, se puede decir, tienen su origen en Sudamérica.¹² Por otra parte, la arqueología ha constatado últimamente esta expansión tardía del grupo Karib en Colombia. El “horizonte invasionista” del cual habla Reichel Domatoff es sumamente ilustrativo, e inclusive señala que en sus últimas fases es postcolombino. En este “horizonte invasionista” abundarían los materiales arqueológicos tipo cultural Karib, tales como cerámicas modeladas representando personajes que ostentan la típica deformación Karib de la pantorrilla, ocasionada por ataduras.¹³

El centro de dispersión hacia el norte y el sur del río Atrato, es difícil de localizar. Autores como los esposos Pineda han señalado el Cerro Tatamá, como dicho punto: “La enorme dispersión... y que se inició en la época misma en que los españoles hacían sus entradas de conquista y pacificación, se realizó... a partir de un centro que estaba localizado en las regiones aledañas al cerro de Tatamá... o sed en cercanías de las fuentes de los ríos chocoanos principales, el Atrato y el San Juan”.¹⁴

Esta teoría implica que en su migración desde la región amazónica, éste atravesó la Cordillera Occidental colombiana. Reichei-Dolmatoff, quien parece participar del punto de vista expuesto, ha sugerido el recuerdo de una antigua migración por San Agustín—donde se encuentran las enormes estatuas monolíticas—en la leyenda chocó de que “los antiguos tenían los dientes de tatabro”, o sea los dientes afilados, que son características de esa estatuaria.¹⁵

12 Rouse, I. 1948; 547.

13 Reichel Folmatoff, G. 1958; 479.

14 Pineda R. y V. 1958; 436.

15 Reichel Dolmatoff, G. 1961; 152.

PANAMÁ INDÍGENA



Dibujo original del libro de Wafer, que muestra “la manera indígena de sangrar”.

